



Descontento y desconfianza de la ciudadanía con la alimentación

✦ Cecilia Díaz-Méndez

Grupo de Investigación en Sociología de la Alimentación.
Universidad de Oviedo

✦ Rocio Pérez-Gañán

Grupo de Investigación en Sociología de la Alimentación.
Universidad de Oviedo

Resumen: En este artículo, sus autoras analizan el malestar social en torno a la alimentación. En su opinión es un malestar que tiene un doble carácter: objetivo, relacionado con el modelo de producción industrial y de comercialización de los alimentos, y subjetivo, asociado a las percepciones y actitudes de la ciudadanía respecto a la alimentación. En ese contexto, las autoras destacan dos tipos de respuestas: i) la adopción de nuevos hábitos de compra (alimentos ecológicos, kilómetro cero, circuitos cortos...), y ii) la adopción de actitudes críticas ante el sistema agroalimentario y de respuestas activas para mejorarlo (consumo político) (comercio justo, alianzas productores-consumidores, ciudadanía alimentaria...). Las autoras concluyen que el malestar con la alimentación puede estar relacionado con la desnaturalización de los alimentos que ha generado la modernidad.

Palabras clave: consumo, alimentación, ciudadanía alimentaria, sociología de la alimentación, cambio social.

El Sistema Agroalimentario se encuentra en una encrucijada de problemáticas globales y muestra un panorama preocupante. No se han conseguido resolver los problemas de malnutrición, y la obesidad sigue en aumento (FAO, 2022); la producción agro-ganadera y los modelos alimentarios occidentales ejercen un impacto elevado sobre el medio ambiente (IPPC, 2019); aunque ha aumentado el número de actores que contribuyen a su funcionamiento, el sistema se enfrenta a un marco de gobernanza cada vez más complejo y conflictivo (Marsden, 2013); las crisis alimentarias se suceden de forma reiterada poniendo en peligro la seguridad de los ciudadanos (McMichael, 2009); la información sobre alimentación resulta insuficiente y presenta un elevado grado de opacidad (De León, 2008).

En el marco de estas problemáticas se da un entorno propicio para que el ciudadano haya comenzado a dar señales de descontento (Díaz-Méndez y Gómez-Benito, 2021; Díaz-Méndez y Lozano-Cabe-do, 2020; Oosterveer, 2007). Desde hace unas décadas, los estudios sociales sobre el sistema alimentario han ido identificando múltiples reacciones de malestar de la ciudadanía con la alimentación. Algunas de ellas, con un carácter objetivo, tienen que ver con la naturaleza de la producción industrial y la comercialización de alimentos; otras, con una dimensión subjetiva, se relacionan con las percepciones sociales y las actitudes hacia la alimentación. En ese contexto de preocupación difusa y creciente, las instituciones promocionan, sin embargo, un modelo de alimentación saludable, sostenible y justa, que funciona como referente normativo (FAO, 2018).

Una de las primeras evidencias visibles del malestar de la ciudadanía con la alimentación se produjo hace veinte años en el contexto de la que sería considerada la primera crisis alimentaria global: la “crisis de las vacas locas”. La desconfianza se situó entonces en el ámbito de la percepción de riesgo, ya que visibilizó ante la ciudadanía el (mal) funcionamiento del sistema alimentario

Todo hace pensar que el concepto de alimentación saludable y sostenible es polisémico y necesita concreción. No es aventurado pensar que los significados difieren según la participación de cada actor en el sistema agroalimentario, y que el contacto de cada uno de ellos con el alimento determina sus percepciones y sus actitudes. También es razonable considerar, como hipótesis, que es esta diferente posición con respecto al alimento lo que explica la dificultad para alcanzar colectivamente el ideal alimentario.

MANIFESTACIONES DEL MALESTAR

Una de las primeras evidencias visibles del malestar de la ciudadanía con la alimentación se produjo hace veinte años en el contexto de la que sería considerada la primera crisis alimentaria global: la “crisis de las vacas locas”. La desconfianza se situó entonces en el ámbito de la percepción de riesgo, ya que visibilizó ante la ciudadanía el (mal) funcionamiento del sistema alimentario.

Fue un espacio idóneo para estudiar las quiebras de los mecanismos de seguridad y la forma de gestionar el riesgo alimentario. Las variaciones en la confianza y la desconfianza ocuparon una buena parte de la literatura científica de aquellos primeros años del siglo XX. En ese momento, los ciudadanos miraban directamente a las instituciones como vía para afrontar el riesgo, especialmente en un momento en el que se organizaban protocolos de crisis que obligaban a tomar medidas en toda la cadena alimentaria. Los analistas concluyeron que la ciudadanía recuperaría rápidamente sus hábitos de consumo una vez superada dicha crisis, y así fue (Callejo, 2009), pero podemos pensar que fue el inicio del malestar con un sistema agroalimentario que mostraba entonces las primeras consecuencias de la globalización.

También en esos inicios del siglo XX se vislumbra otro malestar en los análisis de los procesos de des-culturalización y des-socialización de la alimentación y del descontento provocado por la pérdida de sus atributos culturales. Se puso de relieve la ruptura cognitiva y simbólica entre los productores agrarios y el producto alimentario, pues los primeros fueron pasando a desempeñar un papel cada vez más secundario en la obtención de unos alimentos crecientemente industrializados, estandarizados y deslocalizados. El proceso de extrañamiento de los consumidores con respecto a la alimentación y la ruptura en los sistemas de representación alimentarios, han dado lugar a incertidumbre y desasosiego entre los consumidores. Fischler remarcó que en el proceso de modernización alimentaria “ya no se sabe

También nos encontramos con respuestas activas de consumo, lo que podríamos llamar *consumo político*. Las prácticas de *boicot* y *buycot* de alimentos a algunas empresas alimentarias son manifestaciones de lo que se denomina “votar con el tenedor”, mostrando una actitud crítica ante el sistema agroalimentario y una respuesta activa de consumo para mejorarlo

qué es bueno para comer”, mostrando una progresiva pérdida de normas (anomia alimentaria) a la hora de elegir los alimentos (Fischler, 1995).

El etiquetado y la regulación que lo respalda, vinieron a dar respuestas a la inquietud generada por los cambios en el sistema alimentario global. Cómo interpretan los consumidores los diferentes tipos de información presentes en las etiquetas y qué relación existe entre la asimilación de estas señales y las decisiones de compra adoptadas, muestra la importancia de esta herramienta para superar la desconfianza y el distanciamiento de la ciudadanía con la alimentación (León-Flández et al., 2017).

Pero el desarrollo del etiquetado se produce en paralelo a la transformación de la publicidad, que cambia para adaptarse a los nuevos valores de los consumidores y complementar la información en los anuncios y en los envases de los productos alimentarios. En el caso español, el malestar de la ciudadanía se percibe en las numerosas reclamaciones interpuestas por incumplir el código de autorregulación de publicidad alimentaria, en particular la orientada al público infantil (Moreno et al., 2019). Además, el aumento de la obesidad y los numerosos trabajos que constatan la relación entre la obesidad y la publicidad de alimentos y bebidas poco saludables, indican que el malestar no sólo no ha desaparecido con el soporte normativo, sino que la ciudadanía sigue manifestando un claro descontento con las estrategias de marketing de la industria agroalimentaria.

Más conocido y visible es el descontento de una parte de la ciudadanía con el impacto que la producción agroalimentaria ejerce sobre el medio ambiente: el papel de la actividad agraria en la degradación y sobreexplotación de los suelos; la contaminación de la tierra y el agua por el uso indiscriminado de fertilizantes, o la contribución a la pérdida de la biodiversidad, forman parte de los impactos negativos de la agricultura y la ganadería y motivo de desconfianza e inquietud (Ingram, 2011).

Los estudios realizados desde el ámbito de la agroecología han permitido visibilizar, a nivel empírico, el malestar con la alimentación de los pequeños productores agrarios ante un sistema industrializado que degrada los recursos básicos. También se detecta un malestar entre los consumidores preocupados por el impacto ambiental que genera la actividad agraria y el sistema alimentario (Ingram, 2011). El aumento de la conciencia medioambiental y el cuestionamiento de patrones consumistas populariza el consumo de alimentos ecológicos, kilómetro cero, de temporada...

Estos nuevos hábitos de compra y consumo de alimentos han tenido repercusión en el sector de la producción, elaboración y distribución alimentaria, incluyéndose la dimensión ambiental y de salud entre sus estrategias de promoción y desarrollando productos adaptados a este nuevo nicho de mercado y ajustados a los valores y estilos de vida de estos consumidores. El descontento de los consumidores se concentra en la desconfianza que generan estas acciones, que se interpretan como estrategias de venta y no como respuestas de mejora de los procesos de producción o transformación de los alimentos (Cerrada-Serra et al., 2018; Special Eurobarometer 505).

También nos encontramos con respuestas activas de consumo, lo que podríamos llamar *consumo político*. Las prácticas de *boicot* y *buycot* de alimentos a algunas empresas alimentarias son manifestaciones de lo que se denomina “votar con el tenedor”, mostrando una actitud crítica ante el sistema agroalimentario y una respuesta activa de consumo para mejorarlo. Las motivaciones políticas, éticas o ambientales de los consumidores socialmente conscientes están detrás de estas acciones (Novo Vazquez y Garcia Espejo, 2020). A través de la adquisición de alimentos se reconocen valores éticos, sociales, ambientales, económicos...

Estos actos explican el aumento de productos procedentes del comercio justo, ecológicos o de proxi-

midad. Los llamados *locavore*, consumidores que priorizan en su compra los alimentos locales o de proximidad, son otro de los ejemplos más conocidos. También han proliferado movimientos de estilos de vida centrados en la alimentación, como veganos crudívoros, realfooders, climaterianos... Todos ellos muestran acciones que promueven un cambio en los estilos de vida individuales como medio para promover transformaciones sociales colectivas en las formas de producir o transformar los alimentos, en el trato que se les da a los animales o en la búsqueda de modelos alimentarios más saludables.

Se ha operado, asimismo, un fuerte desarrollo de las acciones colectivas que tratan de definir la agenda pública mediante la sensibilización y movilización de ciudadanos e instituciones. Estos movimientos, aunque son muy variados, coinciden en su interés por desarrollar acciones que aseguren la disponibilidad y el acceso de ciudadanos y comunidades a alimentos saludables, frescos y de calidad, así como a mejorar las condiciones de vida y trabajo de los diferentes actores del sistema alimentario (trabajadores agrícolas, trabajadores de supermercados...).

Tanto desde el consumo como desde la producción, el activismo alimentario es el reflejo más visible del descontento. Estos colectivos están formados por un grupo heterogéneo de actores sociales que desarrollan discursos y acciones orientadas a promover un sistema alimentario socialmente justo y ambientalmente sostenible. Detrás de sus actos hay una crítica al sistema agroalimentario convencional, y muestran el interés por encontrar formas de producción, distribución y consumo que minimicen los efectos negativos sobre el medio ambiente (Marsden, 2013).

En los últimos años también se ha intensificado el debate sobre el efecto de los entornos en la alimentación y sobre la importancia de las políticas alimentarias para promover contextos saludables o impedir el desarrollo de entornos poco propicios para la alimentación saludable y sostenible en ciudades y barrios. Siguiendo la estela del trabajo de Carolin Steel (2013), en esos trabajos se refleja el malestar de las comunidades con la desigualdad alimentaria en los entornos próximos y han sido pioneros los estudios desarrollados en Londres, Berlín o Barcelona.

En ellos se analiza la influencia de las políticas agrarias, alimentarias y nutricionales concretas sobre la circulación de la alimentación en las ciudades y la generación de desigualdades en ellas; también la presencia (o ausencia) de marcos normativos y de gobernanza que inciden en la conformación de entornos obesogénicos; los signos de inseguridad



alimentaria ocultos o visibles y los contextos que promueven y los que obstaculizan el desarrollo de sistemas alimentarios más inclusivos, saludables y sostenibles. Algunos de estos trabajos permiten concretar qué marcos de gobernanza son los más propicios para promover la participación de la ciudadanía en favor de entornos alimentarios alternativos o cívicos, donde se propician iniciativas que conectan las comunidades y promueven prácticas alimentarias activas (Obach and Tobin, 2014; Sonnino, Marsden and Moragues-Faus, 2016).

Este compendio de respuestas de descontento, malestar, insatisfacción, desafección... se unifican en el concepto de *ciudadanía alimentaria*, que han desarrollado Lozano-Cabedo y Gómez-Benito, (2017). Se basa en el reconocimiento por parte de los actores sociales de los derechos y de las obligaciones con respecto a la alimentación, y en la participación en la reducción de las desigualdades inherentes al sistema agroalimentario global y en la promoción de sistemas alimentarios más sostenibles, saludables y justos. El ciudadano alimentario actuaría de formas diversas, pero todas sus acciones estarían orientadas al logro del ideal alimentario: alcanzar una alimentación saludable, sostenible y justa.

Este malestar no se ha reducido con la constante transformación del sistema agroalimentario global y se ha vuelto a poner de relieve durante la pandemia del COVID-19. El confinamiento fue un punto de inflexión, un experimento social sin precedentes, idóneo para repensar la relación con la alimentación. Tras la vuelta a la normalidad, y ya controlado el virus, la guerra de Ucrania vuelve a poner en cuestión el funcionamiento del sistema. La preocupación y el interés por abrir debates en torno al futuro del sistema agroalimentario están hoy más vivos aún que en el pasado.

REFLEXIONES FINALES: ALGUNAS IDEAS PARA AFRONTAR EL MALESTAR

- El malestar se manifiesta con respuestas y acciones diversas. Se responde al malestar en las decisiones de compra de alimentos, en las prácticas productivas, en la acción política, en las actitudes y las motivaciones que están detrás de estas acciones, en las reclamaciones sobre la publicidad... Y se expresa de formas diversas, tales como descontento, desafección, desconfianza o miedo a comer. Es necesario concretar los conceptos y los contenidos de este malestar.
- En el malestar con la alimentación subyace un ideal alimentario que el actual sistema no logra satisfacer. La promoción de una alimentación saludable, sostenible y justa es un referente normativo, es el “debería ser” de la alimentación. Pero ese ideal alimentario necesita ser concretado dentro de los agentes del propio sistema agroalimentario. No es descabellado pensar que una parte de los problemas de gobernanza se deban precisamente a que los productores, la industria, la distribución, el Estado y los ciudadanos, no concuerdan en lo que debe ser la alimentación ideal y que esto impide ponerse de acuerdo sobre el camino a seguir para alcanzarlo.
- La mayoría de los estudios que analizan respuestas de malestar con la alimentación se concentran en el ámbito del consumo y de la producción (en particular en la pequeña producción agraria). Podría parecer que son sólo éstos los descontentos, o los únicos afectados por los efectos negativos del sistema agroalimentario, o los únicos reflexivos y capaces de reaccionar ante situaciones que les resultan cuestionables. No es extraño que los estudios se hayan concentrado en ellos, pues con frecuencia se responsabiliza a la industria, o a las instituciones, de los efectos negativos asociados a la alimentación.
Sin embargo, es necesario considerar que todos y cada uno de los actores que están en contacto con el alimento, reflexionan sobre la necesaria transición ecológica de la alimentación, incluso si ellos son los señalados como principales responsables de los efectos negativos que provoca el sistema agroalimentario. Por ello no se puede centrar el malestar en los hogares y en los productores, sino que es preciso interrogar a la industria y la distribución alimentaria y también a la restauración comercial para indagar en sus representaciones y significados sobre el malestar con la alimentación.
- Se tiende a pensar que el sistema agroalimentario está compuesto de un conjunto de actores homogéneos identificables, cuando en realidad existe

En el malestar con la alimentación subyace un ideal alimentario que el actual sistema no logra satisfacer. La promoción de una alimentación saludable, sostenible y justa es un referente normativo, es el “debería ser” de la alimentación. Pero ese ideal alimentario necesita ser concretado dentro de los agentes del propio sistema agroalimentario. No es descabellado pensar que una parte de los problemas de gobernanza se deban precisamente a que los productores, la industria, la distribución, el Estado y los ciudadanos, no concuerdan en lo que debe ser la alimentación ideal y que esto impide ponerse de acuerdo sobre el camino a seguir para alcanzarlo

una gran heterogeneidad interna. El tamaño de las empresas, la orientación productiva, el canal de distribución o las características del hogar en el que se toman las decisiones de consumo, son una muestra de esta diversidad, que con frecuencia queda oculta y que es preciso visibilizarla. Si en el ámbito de la alimentación doméstica no se olvida la diversidad de situaciones de edad, género, clase social o composición del hogar para comprender sus decisiones de compra, es también necesario estudiar el resto de los actores del sistema a través de una tipología en el ámbito de la producción, la industria y la distribución que ayude a comprender las reacciones de malestar de los distintos perfiles sociales.

Se ha constatado el gran peso de los trabajos dedicados al análisis del compromiso ético y/o ideológico como motivador de conductas responsables, tanto en el consumo como en la producción, y como reflejo de una ciudadanía que reacciona activamente ante el malestar con la alimentación. Se podría decir que las investigaciones han captado adecuadamente el comportamiento y las percepciones de aquellos individuos más comprometidos y organizados. Pero éstas son respuestas de unos pocos al malestar con la alimentación.

Sin embargo, han sido menos estudiados los ciudadanos no organizados o no comprometidos formalmente. Esto no implica que las acciones de estos individuos carezcan de reflexión acerca de cómo es o como debería ser el sistema agroalimentario, ni significa que sean intrínsecamente individualistas y que sólo piensen en su propio bienestar. Detrás del malestar anónimo podremos encontrar, seguramente, ciudadanos preocupados por el bienestar colectivo.

Es relativamente sencillo detectar, a través de los estudios existentes, que el malestar con la alimentación existe. En este artículo hemos procurado mostrarlo. Pero no resulta tan sencillo encontrar argumentos que ayuden a anclar los trabajos empíricos en una teoría explicativa sobre el malestar que ayude a afrontar los problemas que está produciendo esta insatisfacción y, por lo tanto, a reducirla.

Y no podemos cerrar estas reflexiones sin hacer referencia al libro escrito por Sigmund Freud en 1930 *El malestar en la cultura* a cuyo título refiere inevitablemente el término. No estamos ante una confrontación entre individuo y sociedad, ni sólo ante manifestaciones emocionales que reflejen el choque entre las pulsiones personales y las normas sociales, como nos diría el psicoanalista. Cabe pensar que este malestar con la alimentación bien puede estar relacionado con la desnaturalización del alimento que ha generado la modernidad social. La sociología de la alimentación tiene muchas preguntas de investigación abiertas para explicar los efectos del cambio social sobre la alimentación. ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Callejo J. (2009), "La reorganización del sistema de confianza tras la crisis: el proceso en el campo de la alimentación", *Revista Española de Sociología*, nº 12, pp. 39-65.
- Cerrada-Serra, P. et al. (2018), "Exploring the contribution of alternative food networks to food security. A comparative analysis", *Food Security*, vol. 10, pp.1371-1388.
- De León, A. (2008), "Políticas alimentarias y seguridad del consumidor", en C. Díaz-Méndez y C. Gómez Benito (coords.). *Alimentación, consumo y salud*, pp. 81-104, Barcelona, Fundación La Caixa.
- Díaz-Méndez, C. y C. Gómez Benito (2021), "El malestar con la alimentación contemporánea", en C. Díaz-Méndez e I. García-Espejo (coords.), *El malestar con la alimentación*, Editorial TREA Gijón
- Díaz-Méndez C. y C. Lozano-Cabedo (2020), "Food governance and healthy diet. An analysis of the conflictive relationships among the actors of the agri-food system", *Trends in Food Science and Technology*, vol. 105, pp. 449-453.
- Eurobarometer 505 (2020), *Making our food fit for the future. Special Eurobarometer*, Brussels, European Commission.
- FAO (2018), *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2018. Creación de resiliencia climática para la seguridad alimentaria y la nutrición*, Roma, FAO.
- FAO (2022), *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2022. Adaptación de las políticas alimentarias y agrícolas para hacer las dietas saludables más asequibles*, Roma, FAO.
- Fischler C. (1995), *El (h) omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*, Barcelona, Anagrama.
- Freud, S. (2021), *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza editorial.
- Ingram J. (2011), "A food systems approach to researching food security and its interactions with global environmental change", *Food Security*, vol. 3(4), pp. 417-31.
- IPPC (2019), *Climate Change and Land: an IPCC special report on climate change, desertification, land degradation, sustainable land management, food security, and greenhouse gas fluxes in terrestrial ecosystems*, Naciones Unidas, Nueva York.
- León-Flández K. et al. (2017), "Evaluation of compliance with the Spanish Code of self-regulation of food and drinks advertising directed at children under the age of 12 years in Spain", *Public Health*, vol. 150, pp. 121-29.
- Lozano-Cabedo C. y C. Gómez-Benito (2017), "Theoretical Model of Food Citizenship for the Analysis of Social Praxis", *Journal of Agricultural and Environmental Ethics*, vol. 30 (1), pp.1-22
- McMichael P. (2009), "A food regime genealogy", *Journal of Peasant Studies*, vol. 36 (1), pp. 139-69.
- Marsden T. (2013), "From post-productionism to reflexive governance: Contested transitions in securing more sustainable food futures", *Journal of Rural Studies*, vol. 29, pp. 123-34.
- Moreno, M.; C. Lozano-Cabedo y C. Gómez-Benito (2019), "Conflictos en torno a la publicidad alimentaria infantil: un análisis de las resoluciones del Jurado de Autocontrol", *Comunicación presentada al XIII Congreso Español de Sociología*, Valencia.
- Novo Vázquez, A. e I. García-Espejo (2021), "Boycotting and buycotting food: new forms of political activism in Spain", *British Food Journal*, vol. 123(7), pp. 2492-2505.
- Obach, B. and K. Tobin (2014), "Civic Agriculture and Community Engagement", *Agricultural and Human Values*, vol. 31 (2), pp. 307-322.
- Oosterveer, P. (2007), *Global governance of food production and consumption: issues and challenges*, Cheltenham, UK Northampton, MA Elgar.
- Sonnino, R.; T. Marsden and A. Moragues-Faus (2016), "Relationalities and convergences in food security narratives: towards a place-based approach", *T Institute Brit Geogr*. vol. 41 (4), pp. 477-489.
- Stell, C. (2013), *Hungry City. How food shapes our lives*, Vintage Books, London.